



Pensamiento vivo.

La actualidad de Michel Foucault

Andrea Torrano*

I. El Foucault cordobés

Michel Foucault sin dudas es uno de los pensadores más influyentes del siglo XX. Su modo de decir controversial, apasionado y crítico ganó tanto detractorxs como seguidorxs en distintos lugares del mundo. Es imposible no reconocer en Foucault a un pensador comprometido con su proyecto intelectual, con sus posicionamientos ético-políticos, con hacer de la transgresión una forma de existencia. Como expresa en “Polémica, Política y problematizaciones”,

En efecto, creo haber sido localizado una tras otra, y a veces simultáneamente, en la mayoría de las casillas del tablero político: anarquista, izquierdista, marxista ruidoso u oculto, nihilista, antimarxista explícito o escondido, tecnócrata al servicio del “gaullismo”, neoliberal. (...) Ninguna de estas caracterizaciones es por sí misma importante; su conjunto, por el contrario, tiene sentido. Y debo reconocer que esta significación no me viene demasiado mal. Es verdad que no me gusta identificarme y que me divierte la diversidad de los juicios y clasificaciones de los que he sido objeto (Foucault, 2020, p. 993).

La dificultad de clasificar a Foucault en términos políticos, pero también de encasillarlo en una disciplina: ¿historia, filosofía, psicología, sociología, política, epistemología, derecho, literatura?, hizo de Foucault un pensador esquivo a los rótulos, cuya apuesta era las rupturas disciplinares –a contrapelo de una época que buscaba la especialización–. Su trabajo no solo desestabilizó los objetos de estudios, metodologías y sistemas: “Soy como un cangrejo, me desplazo lateralmente” (Foucault, 2007: 96), sino que se resistió a la comodidad de las modas políticas.

* CIECS-CONICET, FCS, UNC - andrea.torrano@unc.edu.ar

A cuarenta años de su muerte, la invitación a reflexionar sobre el “efecto Foucault”, permite dimensionar la actualidad de su pensamiento para comprender las problemáticas de nuestro tiempo. La vitalidad de su trabajo ha dejado profundas huellas tanto en el campo de las Humanidades como de las Ciencias Sociales, su estilo de pensamiento ha echado luz sobre las relaciones entre saber, poder y sujeto en una situación histórica dada. Como señalaba Toni Negri:

La obra de Foucault es una extraña máquina; en realidad, no permite pensar la historia más que como historia presente. Probablemente, una buena parte de lo que Foucault escribió (Deleuze lo subrayó muy acertadamente) debería hoy ser reescrito. Lo que resulta asombroso –y conmovedor– es que en ningún momento cese de buscar; hace aproximaciones, deconstruye, formula hipótesis, imagina, construye analogías y cuenta fábulas, lanza conceptos, los retira o los modifica... Es un pensamiento de una inventiva formidable. Pero esto no es lo esencial; yo creo que lo fundamental es su método, porque éste le permite estudiar y a la vez describir el movimiento del pasado al presente y del presente al porvenir (2004, s/n).

Hace diez años atrás, Mariana Canavese, publicaba *Los usos de Foucault en la Argentina* (2015), donde se ocupaba de la recepción y circulación que había tenido Foucault en nuestro país, desde los años 50 hasta los primeros años del siglo XXI. La autora recupera los amplios y heterogéneos usos e interpretaciones que se le dieron a Foucault desde sectores académicos e intelectuales, buscando recuperar las “prácticas de lectura” que permiten conocer la circulación de su pensamiento. Los textos de Foucault son “germinativos”, en este sentido es que debe entenderse la noción de recepción, en relación a los usos y apropiaciones –no a la influencia cultural– “sino como un campo de problemas inmanentes a la situación local” (Canavese, 2025, p. 27).

La autora identifica dos períodos, el primero a partir de mediados de la década de 1950, donde comienza a haber una circulación incipiente de Foucault, a través de las primeras traducciones, relacionada con la psicología, el psicoanálisis y el marxismo sartreano y estructuralista. Durante la dictadura cívico-militar, las lecturas del pensador francés no fueron acalladas, sino que transitaban por espacios públicos y privados, ya en comienzos de la década del 80, las alusiones a Foucault comienzan a ser más

frecuentes. Un segundo periodo, a partir de 1983 y hasta la década de 1990 y principios del 2000, cuando la recepción de Foucault se hace más vasta y sistemática, y comienza a circular a través diversos campos disciplinares, en programas de carreras de grado, cursos, coloquios, conversatorios, publicaciones académicas y medios masivos, especialmente en torno a la crítica al marxismo y los debates modernidad/posmodernidad.

Si bien es indudable el aporte de Canavese en relación a la recepción de Foucault, ya que poco se conocía sobre la circulación de su pensamiento en Argentina y Latinoamérica, no podemos dejar de reconocer que la investigación está centrada en el campo intelectual de Buenos Aires (Hugo Vezetti, Juan Carlos Marin, José Sazbón, Horacio Tarcus, Esther Díaz, Susana Murillo, Oscar Terán, Tomás Abraham y Edgardo Castro) con algunas escasas referencias a Santa Fe, Mendoza y, muy marginalmente a Córdoba, donde menciona al filósofo Oscar del Barco, con lecturas del *Tel Quel* y los escritos sobre literatura y *Las Palabras y las cosas* y a la arquitecta Marina Waisman, en referencia al Foucault de *La arqueología del saber*, durante los años 60 y 70.

Quisiera agregar que en Córdoba, en los años 90 y 2000, fue Cristina Donda, en la Escuela de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Humanidades, quien nos acercó y compartió sus lecturas de Foucault, que posteriormente fueron publicadas en el libro *Lecciones sobre Foucault. Saber, sujeto, institución y poder político* (2003).¹ El itinerario daba inicio con el Foucault que señalaba “la indignidad de hablar por otros” de ciertos intelectuales, pasando por las prácticas discursivas, las tecnologías de poder y el castigo, hasta las formas de subjetividad-verdad-sexualidad. La reflexión sobre

1 Otros cursos que se dictaron por aquella época por esa época en la Universidad Nacional de Córdoba, fueron el de Edgardo Castro: “Michel Foucault- El sujeto y el Poder”, dictado por el Edgardo Castro en el Instituto de Salud Mental de la Escuela de Salud Pública y el de Gabriel Giorgi: “Michel Foucault: recorridos en torno al biopoder y la biopolítica” en el Doctorado en Semiótica, en el 2005; “La creación filosófica. Foucault/Deleuze”, por Tomás Abraham en Doctorado de Semiótica, en el 2008 y “Michel Foucault: Sujeto y Poder Político”, de Cristina Donda en Doctorado de Ciencias de la Educación, en el 2011. También se realizó en la FFyH de la UNC, con motivo de los 30 años de la muerte de Foucault, el *I Encuentro de Gubernamentalidad y Biopolítica*, organizado por nuestra universidad junto con Universidad Católica de Córdoba y Universidad Nacional de La Plata. Desde aquellos años hasta ahora se han dictado varios cursos de grado y posgrado y realizado numerosas tesis de grado y posgrado.

esta amplia constelación de textos foucaultianos era una invitación a indagar sobre las relaciones de poder y las prácticas de libertad.

No podemos dejar de señalar que aunque no exista estrictamente algo así como un “proyecto foucault”, cuesta no advertir la fuerza de su tarea de escéptico activo y desenmascarador; no atender a sus valoraciones más o menos encubiertas: “rechazar lo que somos”, “crear formas de subjetividad que nos hagan más libres”, “hay seres humanos que son intolerables” (Donda, 2003, p. 18).

Era un Foucault puesto en diálogo con Kant, Marx, Nietzsche y Deleuze. Especialmente nos interesaba la relación entre Foucault, Marx y el marxismo, ya que nos llevaba a comprender las relaciones de poder más allá de la lucha de clases, de la dinámica entre estructura y superestructura, de la ideología, de la posesión o ubicación del poder en el Estado. De acuerdo con Foucault (1992, p. 127): “habría que evitar el esquematismo –esquematismo que por otra parte no está en el propio Marx– que consiste en localizar el poder en el aparato del Estado”, por el contrario, en Marx se puede encontrar “que en el fondo no existe Un poder, sino varios poderes” (Foucault, 1991b, pp. 12-13). En medio de una profunda crisis económica, financiera, política, social y cultural, que atravesaba la Argentina, donde las políticas neoliberales instauradas durante los años 90, habían conducido a una profunda pobreza social, desigualdad y exclusión, la lectura de Foucault –en debate con Marx– nos permitía comprender la ebullición social, la emergencia del piquetero² –no del proletariado– como sujeto político y las alianzas estratégicas para la resistencia.

En la gesta del 2001, acercarse a Foucault fue un viaje de ida. En este contexto, las universidades públicas no sólo estaban desfinanciadas, sino que fueron amenazadas con su privatización, cuyo anuncio fue realizado por Ricardo López Murphy en marzo del 2001 –ministro de economía del presidente Fernando De la Rúa, al que le sucedió Domingo Cavallo–, por lo que el estado de ebullición social nos encontraba dentro y fuera de las

² La condición de piqueterx remite a la resistencia y la constitución de una subjetividad política. El concepto de desocupado, tal como se suele utilizar, implica estar por fuera de las relaciones de producción, presupone que el trabajadx no es nada fuera de esa relación, por el contrario, el término piqueterx conlleva un reconocimiento de que ser desocupadx excede las relaciones de producción, es “algo” por fuera de ellas (Mazzeo, 2004, p. 32).

aulas. Los pasillos de la Facultad de Filosofía y Humanidades estaban poblados de estudiantes y docentes en asamblea, pero también por sectores sociales –el movimiento piquetero, habíamos estrechado vínculos especialmente con el MTR (Movimiento Teresa Rodríguez)– y sindicales, que transitaban también por nuestras aulas, propiciando espacios de diálogo y reflexión colectiva. Por esos años, se realizaron numerosas marchas, asambleas, cortes de calles/piquetes, tomas y clases públicas. Resonaban cantos “que se vayan todos”, “piquete y cacerola, la lucha es una sola” y el clásico “universidad de lxs trabajadorxs”. Era un momento de efervescencia política, de crisis de la representación, que incitaba a la resistencia y lucha, donde Foucault nos hacía un enorme sentido.

Fue fundamentalmente el Foucault de la analítica del poder, que a través de su “caja de herramientas” nos permitía construir una nueva “grilla de inteligibilidad” a los acontecimientos que estábamos viviendo. Como expresan Luciano Nosetto y María Cristina Ruiz del Ferrier (2007), en relación al uso de Foucault para comprender el 2001:

Movimientos contraculturales, fábricas recuperadas, asambleas barriales: ¿qué es una asamblea barrial sino el intento de recuperar el gobierno de la ciudad, de la polis? ¿Qué es una fábrica recuperada sino el intento de recuperar el gobierno del *oikos*? ¿Qué es un movimiento contracultural sino el intento de recuperar el gobierno de sí mismo? Luchas políticas, económicas, éticas; luchas contra la dominación, contra la explotación, contra la sujeción. La crisis de gobierno no es desgobierno, anarquía, liberación; es más bien apertura de un campo de múltiples experiencias de gobierno de sí, de la propia empresa, del propio barrio, de la ciudad, de las calles, de las rutas (pp. 16-17).

Foucault resonaba, una y otra vez, y nos interpelaba con su incisiva pregunta: “¿cómo no ser gobernado *de este modo*, por tal cosa, en nombre de estos principios, con mira a tales objetivos y por medio de tales procedimientos?” (Foucault, 1995, p. 3), que ponía en discusión la manera de gobernar y la búsqueda de maneras de gobernar en “el arte de no ser gobernado de una cierta manera” (Foucault, 1995, p. 4). Entre las aulas y las calles, Foucault era un pensador clave que conectaba aspectos centrales de la vida estudiantil, social y política.

II. Tras lxs monstruxs de Foucault

Luego del estallido social del 2001, durante el gobierno Kirchnerista, nuestro país comenzó a vivir una etapa de fortalecimiento del Estado, de las políticas públicas y de la recomposición del tejido social. Esto se plasmó, entre otras cosas, en la recomposición del Sistema Científico y la Educación Superior. El CONICET amplió el financiamiento de becas doctorales y posdoctorales, lo que permitió que muchxs de quienes habíamos estudiado la carrera de grado a principios del siglo XXI, pudiéramos completar nuestra formación de posgrado. También se mejoró el presupuesto universitario, junto con los salarios docentes, como el aumento de financiamiento en investigación. En este nuevo contexto, la carrera de investigadorx científicx se volvió un horizonte de posibilidad como también la incorporación a la docencia universitaria.

Algunas voces optimistas se alzaron para anunciar el “fin del neoliberalismo” y el comienzo de una nueva etapa política, pero quienes seguíamos las investigaciones foucaulteanas entendíamos que el neoliberalismo había llegado para quedarse, ya que se trataba de una forma de gobierno que modulaba la subjetividad y que, como tal, seguiría operando en nuestra sociedad. De acuerdo con Foucault, el neoliberalismo no debe ser concebido como una ideología, ni un cálculo político, ni como una doctrina compacta u homogénea, sino como una “nueva programación de la gubernamentalidad neoliberal” (Foucault, 2007, p. 120), esto es, una racionalidad orientada hacia el gobierno de la vida. La gubernamentalidad se asocia a la crisis y transformaciones de los Estados-nación, debido a la mutación transnacional y la globalización de los intercambios económicos, culturales y sociales. El propio Foucault expresaba:

No he estado analizando el fenómeno del poder, ni elaborando los fundamentos de este tipo de análisis. Mi objetivo, en cambio, ha sido crear una historia de los diferentes modos a través de los cuales, en nuestra cultura, los seres humanos se han convertido en sujetos (Foucault, 2001, p. 241).

No es el poder sino el sujeto el tema central de las investigaciones de Foucault. La “Historia crítica del pensamiento” –como caracteriza a su trabajo (Foucault, 1991a)– es un análisis de las condiciones de constitución de las subjetividades, de un sujeto ubicado en el tiempo y en el espacio, es

decir, se trata de una subjetividad referida al presente, vinculada a acontecimientos de índole práctica –de poder– como discursiva –de saber–. Como manifiestan Guattari y Rolnik (2005, p. 41), las subjetividades son la *materia prima* sobre la que actúa el neoliberalismo: nuestros cuerpos, deseos, lenguajes, conocimientos y afectos que se vuelven productivos.

En este contexto, una de las aristas locales de la recepción –o uso– de Foucault fue la que permitió indagar la compleja relación entre *neoliberalismo*, *biopolítica* y *monstruosidad*, en estrecho diálogo con las lecturas realizadas por la “recepción italiana” del pensamiento foucaultiano, donde sus más importantes exponentes son Giorgio Agamben, Roberto Esposito y Antonio Negri.

A pesar de las dificultades para una definición precisa del vocablo biopolítica empleado por Foucault,³ en términos generales (como perspectiva o paradigma), hace referencia a la inclusión de la vida en la política: “el hombre moderno es un animal en cuya política está puesta en entredicho su vida de ser viviente” (Foucault, 2002, p. 173), es decir, que la vida *biológica* del ser humano se convierte en objeto de la política. Pero es posible advertir dos orientaciones en la articulación entre vida y política, que operan como polos opuestos. Por un lado, “una vida sometida al mando de la política”, y, por otro, en sentido contrario, “una política en nombre de la vida” (Esposito, 2006, p. 26), esto es, “la gestión *sobre* la vida de parte del poder” y “la potencia *de* la vida, la política *de* la vida”. Es en esta tensión, que puede comprenderse la vida como objeto de administración y la vida como forma de resistencia.

Es en este entramado de relación entre vida y política, que emergen las nociones de monstruo y monstruosidad. Aunque Foucault introduce la figura del “monstruo humano”, como un predecesor del anormal,⁴ presenta una potencialidad explicativa, ya que permite comprender el modo en que opera diferencialmente la gestión sobre la vida. En el curso *Los Anormales*,

3 Para un análisis de los diferentes usos que Foucault da a la biopolítica ver, Bazzicalupo (2016) y Lemke (2017).

4 Foucault se refiere a distintos tipos de monstruosidad: el *hombre bestial* de la Edad Media; los *hermanos siameses* del Renacimiento; el *hermafrodita* de la Modernidad, donde advierte una transición del monstruo jurídico-biológico al monstruo jurídico-político. En la genealogía de los anormales, además del monstruo jurídico-político, ubica al individuo a corregir y al niño masturbador. Lo que destaca en cada una de estas figuras es el ámbito de referencia: la ley para el monstruo humano, la familia para el individuo a corregir, el dormitorio para el niño masturbador.

señala “en cada época histórica hubo formas privilegiadas de monstruos” (Foucault, 2000, p. 72). Para Foucault:

el monstruo –pese a la posición límite que ocupa, aunque sea a la vez lo imposible y lo prohibido– es un principio de inteligibilidad. Y no obstante, ese principio de inteligibilidad es un principio verdaderamente tautológico, porque la propiedad del monstruo consiste precisamente en afirmarse como tal, explicar en sí mismo todas las desviaciones que puedan derivar de él, pero ser en sí mismo ininteligible (2000, p. 62).

El monstruo es lo que cae fuera de la clasificación jurídico-natural pero que, sin embargo, debe ser clasificado. Podríamos decir que el concepto monstruo más bien funciona como un “operador conceptual”, en tanto representa el despliegue de todas las irregularidades posibles y se enfrenta –o pone en cuestión– la norma de lo humano: el anormal “es en el fondo un monstruo cotidiano, un monstruo trivializado” (Foucault, 2000: 63). En este sentido, la monstruosidad pone en riesgo la vida desde su interior y, por tanto, se presenta como un *disvalor*: “es la monstruosidad y no la muerte lo que es un contravalor vital” (Canguilhem, 1976, p. 203). El monstruo se manifiesta como el reverso negativo de “lo humano”, pero no debe ser comprendido “como exterior y pura alteridad respecto del hombre, sino más bien un ‘interior externalizado’” (Giorgi, 2009, p. 325).

La monstruosidad se convierte en la amenaza biopolítica de la cual debe ser protegida la población. Sobre el *continuum* de la población se establece una demarcación entre la vida protegible y la vida que debe ser rechazada, marginada y, en caso extremo, eliminada. La monstruosidad es un mecanismo de invectiva biopolítica –una *máquina teratológica* (Torraño, 2012)– que permite justificar el ejercicio de poder que establece qué vidas deben ser protegidas y cuáles son consideradas una amenaza.

Siguiendo la pregunta inicial de Foucault, es posible preguntarse: ¿Cuáles son los monstruos de nuestra época? ¿Quiénes son identificados como monstruos en las sociedades neoliberales? ¿Cómo se gestiona la monstruosidad en el presente?

Como señala Maurizio Lazzarato

Las clases ya no logran contener la multiplicidad, de la misma manera que la heterosexualidad no regula más a los miles de sexos. El monstruo se

despliega, aquí y ahora, como modalidad de subjetivación. Es así como se produce un cambio radical de las formas de organización del poder y de sus modalidades de ejercicio (2006, p. 89).

En efecto, el monstruo es una categoría política (Del Lucchese, 2011) que permite la identificación y clasificación de ciertas poblaciones y grupos que son asociados con el riesgo, la peligrosidad, la criminalidad. Si el “dispositivo de seguridad” propuesto por Foucault (2006), permitía explicar el funcionamiento de tecnologías de vigilancia y control en las sociedades contemporáneas, que se ejercen de manera diferencial sobre las poblaciones; quizá sería más apropiado denominarlo “dispositivo monstruosidad” –un conjunto de prácticas, discursos, reglamentos e instituciones, que gobiernan sobre un tipo de subjetividades identificadas como monstruosas– ya que su particularidad radica en que la vigilancia y control ya no se ejerce sobre la totalidad de la población sino sobre un “grupo de riesgo” (O’Malley, 2006; De Giorgi, 2005 y 2006), considerado como monstruoso. Pero, si bien en ambos casos se gobierna sobre un segmento de la población, la diferencia entre los “grupos de riesgo” y los “grupos monstruosos” es que estos últimos se presentan como una fuerza colectiva que resiste al poder.

Los monstruos son ciertos fragmentos de la población considerados como una amenaza biopolítica (actual o potencial) para la población que se pretende asegurar. La monstruosidad que presentan algunos grupos poblacionales (migrantes, diversidades sexo-genéricas, feministas, militantes populares, etc.) es presentada como algo que se debe predecir, prevenir, controlar y neutralizar. La identificación de ciertos grupos como monstruosos –que amenazan el orden social: empobrecedor, individualista, sexista, xenófobo, homo y transodiante– es lo que intenta habilitar y justificar la segregación y persecución de estos grupos. No obstante, esto no significa que los grupos monstruosos puedan ser capturados completamente por estas lógicas de control, por el contrario, oponen múltiples y diversas formas de resistencia.

Tomando en consideración lo anterior, es posible establecer una diferenciación entre, por un lado, lo que denominamos “políticas sobre la monstruosidad” y “políticas de la monstruosidad” (Torrano, 2020). El primer sentido refiere al conjunto de tecnologías de vigilancia y control que tienen como blanco los grupos monstruosos, que son considerados como

un riesgo, una amenaza –incluso potencial– para la población que se quiere defender. Así se establece una diferenciación entre una población dócil y productiva y una población o grupo que es considerado una amenaza, la primera es una población “deseable”, mientras que la segunda “monstruosa”. Por otro, y haciéndonos eco de la ambigüedad semántica del propio término monstruosidad, el cual es posible considerarlo no sólo en un sentido negativo, sino también en sentido afirmativo, las “políticas de la monstruosidad”, donde la monstruosidad remite a las poblaciones que escapan sin cesar a la captura del biopoder (Negri, 2007). Las poblaciones monstruosas, o la multitud, son aquellas que crean una comunidad alternativa de producción y vida en común (Hardt, Negri, 2004, pp. 228-229).

III. Insistir con Foucault

En la actualidad, con la asunción de Javier Milei al gobierno, volvemos a experimentar una profundización del modelo neoliberal en alianza con los nuevos fascismos. Fue Wendy Brown (2020) quien señaló el “monstruoso engendro” en que se había convertido el neoliberalismo: “curiosa combinación de libertarismo, moralismo, autoritarismo, nacionalismo, odio al Estado, conservadurismo cristiano y racismo” (p. 18). La primacía del mercado sobre el Estado, el endeudamiento financiero, el desfinanciamiento de los servicios públicos, la entrega de los bienes naturales, el desmantelamiento de políticas sociales, junto al empobrecimiento de los sectores medios y populares, y los discursos de odio, instalan un “neoliberalismo autoritario” que acelera la “acumulación de capital a través de mecanismos neoliberales de gobierno y disciplinamiento de conductas” (Sacchi et al., 2022, p. 64).

En la nueva escena que construye el neoliberalismo ya no se trata de pensar el enfrentamiento entre lo público/privado, el Estado/mercado, o entre proteccionismo/ libremercado, sino en la compleja red de líneas de fuerzas –a modo de un “ensamblaje”– que atraviesan toda la sociedad. La emergencia del odio como afecto político, como expresan Gabriel Giorgi y Ana Kiffer (2020), viene a poner en crisis lo que hasta hace muy poco entendíamos como pacto democrático. En tanto fuerza aglutinadora y pública, el odio que circula en la gramática social se canaliza sobre ciertos cuerpos y subjetividades, profundizando las marcaciones biopolíticas (de género, clase, raza, sexualidad, etc.).

En el actual contexto, otra vez, el Sistema Científico y las Universidades públicas nacionales están siendo ferozmente atacados por La Libertad Avanza y los sectores afines al libertarianismo, algo que ocurrió también durante el gobierno de Mauricio Macri. En medio de una brutal reducción del financiamiento y también salarial, las Ciencias Sociales y las Humanidades son, especialmente, puestas en cuestión aduciendo su “inutilidad” y “falta de contribución al ámbito económico”. Estos discursos invisibilizan los aportes de estas áreas en relación a la ampliación de la ciudadanía, a la construcción de conocimientos en diálogo con diversos colectivos para el reconocimiento y efectivización de derechos, particularmente en relación al género, las diversidades sexo-genéricas y las comunidades indígenas y campesinas. Como así también su importancia para la revisión de nuestra historia y memoria colectiva. Rechazan su contribución al debate público sobre problemas sociales y las proposición de políticas públicas. Desconocen la importancia de un conocimiento crítico para la democratización de nuestras sociedades, que implica crear sociedades más justas, inclusivas, equitativas y respetuosas.

Desde hace casi un año, desde distintos sectores, se han alzado voces de denuncia contra las políticas que priorizan el mercado y las finanzas por sobre el bienestar social. La calle –aunque también las redes sociales– se han convertido en territorio de disputa política. Los movimientos sociales, la comunidad universitaria, lxs jubiladxs, el sector de la salud, lxs empleadxs estatales, se han puesto de pie contra las brutales medidas de ajuste que, bajo la eufemística denominación de “déficit cero” o “austeridad”, han sumido a gran parte de la población en la pobreza y el desempleo. Pero, en estos últimos meses, es el movimiento estudiantil que ha logrado ser una expresión articulada del descontento social con la defensa de la educación pública y gratuita, en marchas, tomas, clases públicas, asambleas, intervenciones artísticas.

Insistir con Foucault, o más bien con su pensamiento, es una tarea urgente en nuestro tiempo. Siguiendo a Kant, se preguntaba por la temática del presente: “¿qué pasa hoy? ¿Qué pasa ahora? ¿Qué es ese ‘ahora’ dentro del cual estamos unos y otros, y que es el lugar, el punto [desde el cual] escribo?” (Foucault, 2009, p. 29). A esto denominó “una ontología del presente, una ontología de la modernidad, una ontología de nosotros mismos” (Foucault, 2009, p. 39). Esto es, “diagnosticar el presente, decir qué es el presente, decir en qué aspecto nuestro presente es diferente –y

absolutamente diferente– de todo lo que él no es, es decir de nuestro pasado. Tal vez sea eso, esa tarea, la que ahora se ha asignado a la filosofía” (Foucault, 2013, p. 122).

La ontología de nosotros mismos no es teoría, ni doctrina, ni saber determinado, sino *ethos* filosófico, una actitud crítica sobre lo que somos, sobre nuestros límites, para construirnos sobre la posibilidad de su superación. En este punto nos encontramos con una definición de *ethos*, que consiste tanto en una actitud crítica como en una actitud experimental. Por actitud, Foucault se refiere al modo de relación del sujeto con respecto a la actualidad, el cual consiste en una “crítica permanente de nuestro ser histórico” (Foucault, 2002b, p. 97).

En este sentido, volver sobre la noción de libertad que ha sido apropiada por el libertarismo, resulta central para el pensamiento y la acción política. Frente a la idea de la “libertad individual como el valor político supremo” que vocifera Milei, Foucault nos invita a concebirla como una práctica: “práctica reflexiva de la libertad” (Foucault, 2010). Para el pensador francés la libertad no es ausencia de determinismo histórico, ni un estado natural, ni un derecho natural que se debería preservar y que el Estado pone en riesgo, es una relación con uno mismo y una relación con otros. “La libertad es la condición ontológica de la ética. Pero la ética es la forma reflexiva que adopta la libertad” (Foucault, 2010, p. 1030). La práctica de la libertad encuentra en el “cuidado de sí”, como “trabajo de uno mismo sobre sí mismo” (Foucault, 2010 p. 1032). Se hace importante señalar que el cuidado de sí no está en contradicción con el cuidado de los otros. Por el contrario, el cuidado de sí involucra también el cuidado de los otros. El sujeto ético para Foucault es, al mismo tiempo, un sujeto político.

Insistir, entonces, con Foucault, llevar su pensamiento más allá de las propias coordenadas que él mismo nos brindó, supone no sólo continuar con su legado, sino también, y fundamentalmente poner en práctica nuestra libertad, esto es, “producirse a uno mismo y con otros en las luchas; es innovar, inventar lenguajes y redes; es reapropiarse del valor del trabajo vivo. Es volar el capitalismo desde su interior” (Negri, 2004, p. s/n). Implica intentar comprender nuestro presente y lo que somos en este preciso momento, para transformarlo.

Referencias

- Bazzicalupo, Laura (2016). *Biopolítica. Un mapa conceptual*. Madrid: Melusina.
- Brown, Wendy (2020). *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Buenos Aires: Tinta Limón-Traficantes de sueños.
- Canavese, Mariana (2015). *Los usos de Foucault en la Argentina. Recepción y circulación desde los años cincuenta hasta nuestros días*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Canguilhem, Georges (1976). *El conocimiento de la vida*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- De Giorgi, Alessandro (2005). *Tolerancia cero. Estrategias y prácticas de la sociedad de control*. Barcelona: Virus editorial.
- De Giorgi, Alessandro (2006). *El gobierno de la excedencia. Postfordismo y control de la multitud*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Del Lucchese, Filippo (2011). "Teratoplitics", en Kurian, G. (ed.). *The Encyclopedia of Political Science*. Washington, DC: Sage, 1649-1650.
- Donda, Cristina Solange (2003). *Lecciones sobre Michel Foucault Saber, Sujeto, Institución y poder político*. Córdoba: Editorial universitas.
- Esposito, Roberto (2006) *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrotu.
- Foucault, Michel (1991a). *Las redes del poder*. Buenos Aires: Editorial Almagesto.
- (1991b). "Autorretrato", *La Letra "A"*, publicación Anarquista, Año 2 N° 3.
- (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.

(2000). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

(2001). “El sujeto y el poder”, en Dreyfus, H y Rabinow, P., *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Nueva visión, 241-259.

(2002a). *Historia de la sexualidad*. vol., 1: *La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.

(2002b). *¿Qué es la ilustración?* Córdoba: Alción Editora.

(2006) Seguridad, Territorio, Población. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

(2009). *El gobierno de sí y de los otros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

(2010). *Michel Foucault. Obras esenciales*. Barcelona: Paidós.

(2013). *¿Qué es usted profesor Foucault? Sobre la arqueología y su método*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Giorgi, Gabriel (2009). “Política del monstruo”, en *Revista Iberoamericana. Número Monstruosidad y biopolítica*, Vol. LXXV, N° 227, 323-329.

Giorgi, Gabriel y Kiffer, Ana (2020). *Las vueltas del odio. Gestos, escrituras, políticas*. Buenos Aires: Eterna cadencia.

Guattari, Félix y Rolnik, Suely (2005). *Micropolítica. Cartografía del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón- Traficantes de sueños.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate.

Lazzarato, Maurizio (2006) *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.



- Lemke, Thomas (2017). *Introducción a la biopolítica*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Negri, Antonio (2007). “El monstruo político. Vida desnuda y potencia”, en Giorgi, G. y Rodríguez, F. (comps.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 93-139.
- Negri, Antonio (2004). “Sobre Foucault”, entrevista para FSU-Nouveaux Regards, en *La Tinta*, 2/11/2016. Disponible: <https://latinta.com.ar/2016/11/02/toni-negri-sobre-foucault-entrevista/>
- Nosetto, Luciano y Ruiz del Ferrier, María Cristina (2007). “La crisis Argentina de 2001: crisis de gobierno, crisis de gubernamentalidad”, *VII Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1-20. <https://cdsa.aacademica.org/000-106/508.pdf>
- Mazzeo, Miguel (2004). *Piqueteros. Notas para una tipología*. Buenos Aires: Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas.
- O'Malley, Pat (2006). *Riesgo, neoliberalismo y justicia penal*. Buenos Aires: Ad-Hoc.
- Sacchi, Emiliano; Expósito, Julia et. alt. (2022) *Ensamblajes neoliberales. Mutaciones del capitalismo contemporáneo*. Vicente López: Red editorial.
- Torrano, Andrea (2012). “La inmanencia de las máquinas. Sobre las máquinas antropológica y la teratológica”, en *Dossier Biopolítica Hoy. Revista Espacios Nueva Serie* Nº 7, 367-378. Disponible: <http://binpar.caicyt.gov.ar/index.php/binpar/6876>
- (2020). “Politics over monstrosity and Politics of monstrosity. The difference between negative and positive consideration about monsters”, en Compagna, D. & Steinhart, S. (eds.), *Monsters, Monstrosities, and the Monstrous in Culture and Society*. Delaware: Vernon Press, pp 131-155.

Córdoba - Argentina

ciFFyH

Área de

Publicaciones

ffyh



unc

Colecciones
del CIFFyH

Por una filosofía del presente. Derivas foucaultianas (La ed.)

Constanza SanPedro y María Victoria Dahbar (Eds.)

Constanza San Pedro [et al.]

Publicado por el Área de Publicaciones

de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Universidad Nacional de Córdoba

Octubre de 2025 [Libro digital]

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Reconocimiento

- Compartir Igual (by-sa)